

dió el sacerdote—en mí hallarás otro padre, y mi familia será la tuya.

Al rayar la primera luz del alba, Mariano y su esposa salieron de la aldea y tomaron rápidamente el camino que conducía á la capital de Aragón.

Barbara parecía sana, rejuvenecida; la alegría brillaba en sus ojos y en su frente.

Su marido creía un sueño verla así alegre, animada como en los primeros años de su casamiento; pero en su interior se levantaba la tristeza, y un velo negro se extendía por todas las alegrías de su alma; es que aquel pobre sér, dotado de escasa inteligencia, tenía un noble y sensible corazón, un corazón leal que presentía el dolor y le adivinaba, como el ave marina presiente la tempestad.

Cuando los dos esposos trasponían un montecillo que terminaba las casas de la aldea, se vió retirar del camino una sombra esbelta; pero á los pocos pasos la sombra se desplomó sobre la hierba del valle.

Era Plácida que había salido á dar á sus padres un último y silencioso adiós; la buena sacristana la recogió en sus brazos y desabrochó su jubón para que volviese en sí.

En efecto, la pobre niña recobró el conocimiento á los pocos instantes.

—Vamos, Plácida—dijo la señora Petra—eso

no es ser razonable; ya volverán, y mientras tanto yo te querré tanto como ellos.

—¡Ay, señoral—murmuró la pobre niña:—¡el corazón me dice que no volverán, no!—repitió bajando la cabeza—¡no volverán!...

## X

Al mismo tiempo, poco más ó menos, que dejaban su pacífica aldea los padres de Mateo para ir en su busca á la populosa capital del vecino imperio, aquel hijo desnaturalizado se hallaba en una de esas brillantes fiestas entre las cuales pasaba casi exclusivamente su vida.

Eran las dos de la madrugada, y el baile que daba el embajador de Inglaterra en la corte de Francia estaba en todo su apogeo.

Tres salones, llenos de hermosas mujeres, de cuyas cabezas, cubiertas de diamantes, salían rayos de luz, daban á la fiesta un aspecto verdaderamente fantástico.

Millares de luces reflejaban en los gigantescos espejos de Venecia que decoraban las paredes, alternando con soberbios tapices de sedería recamada de oro.

Todos los balcones daban á los jardines, y estaban abiertos porque era ya Mayo y la estación muy adelantada para bailes.

Pero si la atmósfera estaba algo pesada, en

cambio el ambiente que salía del jardín estaba saturado de perfumes.

Cada diez minutos pasaban los criados de la casa, vestidos de gran librea, con bandejas de plata cargadas de helados, ofreciendo á los concurrentes un consuelo al paladar, seco y mortificado por el calor.

Junto á uno de los balcones hablaban dos jóvenes en el tono quedo de la confianza y de la reserva.

—Es extraño—dijo una—que la embajadora, mujer de buen tono y muy amante, además, de sus comodidades, haya dado este baile estando la estación tan adelantada.

—Muy extraño—repitió su compañera—y tanto más cuanto que en el de la semana pasada se nos anunció que era el de despedida; pero, sin embargo, yo sé la causa de ese cambio de opinión.

—¿Sí? ¿Y cuál es?

—El empeño de Mr. Arturo.

—Pues, ¿qué le puede importar á él que se den bailes ó no?

—¡Pues sí él no vive á gusto de otro modo que entre bailes, convites y diversiones! ¿Hay un solo día que le dejes de ver en el Bosque, en la Opera y en algún baile concluyendo la noche?

—En verdad que nadie sabe cuándo duerme; ya se ve, la embajadora quiere darle gusto, sin

duda por no perder tan buen marido para su hija.

—¿Buen marido? Sin duda que lo dices en broma; ¡pobre Emelina!

—Pero, ¿no es muy rico?

—Sí; ¿pero basta eso? ¿No le ves siempre rizado, encorsetado, perfilado como una mujer? ¿No le ves con color y lunares postizos? ¡Si hasta los ojos se pinta!

—Tienes razón: pero, ¿quién sabe si eso le gustará á Emelina?

—Tal vez: pero creo que no; sus padres se han dejado seducir por el título y las riquezas que Arturo debe heredar de su tío el duque.

—Y á propósito: ¿has oído tú las especies que corren acerca de su tío, de ese viejo obeso que la echa de jovencito?

—¡Yo, no!

—¡Pues desde que se sabe es cosa acordada el casamiento de Arturo con la hija del embajador, todos andan buscando la genealogía de aquél!

—¿Y qué se dice?

—Que ese tío fué fondista ó hijo de fondista, y que el ducado de Varennes ha sido comprado.

—¡Bah, el ser fondista no es una falta, siempre que no haya adquirido mal sus riquezas!

—Dicen que las ganó á la lotería alemana.

—Ya ves que eso no es un sonrojo.

—No lo es para ti ni para mí, porque nuestros padres nos han enseñado que la nobleza más estimable es la del alma; pero si el embajador y su esposa llegan á saber eso, ¡adiós boda! Emelina se quedará sin esposo, porque antes la querrán monja ó muerta que esposa del descendiente de un fondista; ya sabes tú lo que son los ingleses.

—Calla, que aquí viene Emelina del brazo de Arturo.

—¡Qué linda está ella!

—¡Y él qué ridículo!

—Esa pobre niña me da pena.

Las dos amigas dejaron aquí su conversación para mirar á la pareja que avanzaba por la gran sala, siendo el blanco de todas las miradas.

Eran, como habían dicho las dos jóvenes, la hija del embajador inglés y su futuro esposo, Arturo de Varennes para todos, aunque para nosotros, lectores míos, puede ser solamente Mateo, el hijo de Calabaza y de Bárbara la lavandera.

Emelina, la joven inglesa, llegaba apenas á los diez y siete años; era blanca como el nácar, rubia como el oro, pequeña de estatura y delgada como un junco; sus ojos azules, dulces y serenos, se asemejaban á la flor de la elemátide por la pureza de su color y de su aterciopelado matiz; su boca pequeñita era roja y fresca y su talle aéreo como el de una hada.

El traje de Emelina era sencillo, pero en extremo elegante; llevaba un vestido de gasa blanca y un aderezo de perlas de gran tamaño.

Arturo, pues así le llamaban todos, era la verdadera antítesis de su encantadora prometida; á fuerza de amor al lujo había hecho tal abuso de él, que su traje tocaba ya en lo ridículo; llevaba pantalón y frac negro, zapato bajo de charol con hebillas de oro y diamantes; sobre su chaleco blanco se cruzaba una cadena gruesa como un cable y tachonada de topacios y esmeraldas, la cual sostenía varios sellos también de pedrería y un reloj comprado en Londres á muy subido precio.

La blancura de su corbata hacía resaltar tres grandes rosetones de diamantes y rubíes que á manera de botones cerraban su camisa y que tendría cada uno el diámetro de una peseta por lo menos.

En fin, el hijo del pobre Calabaza llevaba pedrería en el reloj, en el pecho y en los pies; esto es, en todos los sitios donde podía llevarla, y seguramente sentía el no ser mujer, porque de esta manera hubiera podido añadir á sus vistosos adornos, collar, pendientes y brazaletes.

Su figura, que hubiera sido buena, parecía así tan ridículamente recargada, que causaba hastío mirarla; frisaba ya en los veinte años, y su talla, elevada, era robusta sin dejar de ser esbelta y

de buenas proporciones; su color moreno desaparecía bajo una capa de blanquete y carmín; llevaba dos ó tres lunares postizos, negros como el ébano, y el color subido de sus labios era tan brillante, que fácilmente se conocía que lo debía á alguna opiata de subido precio.

Su espesa cabellera, que se había vuelto negra con la edad, y quizá también con el auxilio de las pomadas y bandolinas, estaba rizada de un modo tan exagerado, que le abultaba la cabeza de una manera ridícula; y era tanta la delgadez de su talle, gracias al corsé que habitualmente gastaba, que su figura presentaba la de una grande hormiga.

Daba pena, queridos jóvenes, ver á aquel hermoso muchacho, que tan simpático hubiera sido vestido con una decente moderación, daba pena, digo, verle tan ridículo, tan afectado, y rebajando de tal modo su dignidad de hombre. Emelina pensaba así quizá; pero en ella era ya ley y costumbre la obediencia á sus padres, y su corazón, que no había despertado todavía, no la inclinaba á comparaciones con ningún otro objeto.

Además, desde hacía un año veía á todas horas á su prometido a su lado, comía con ella y con sus padres todos los días, porque, según las puras y patriarcales costumbres inglesas, aquel joven, prometido esposo de Emelina, formaba ya parte de la familia y se le miraba como de ella.

—¿Cuándo es la boda?—preguntaban á la embajadora todas sus amigas al ver entrar á los dos jóvenes asidos del brazo en el salón.

—Dentro de dos meses lo más tarde—respondió la madre de Emelina; sólo esperamos á que mi hija cumpla diez y siete años.

Entre tanto Emelina y Arturo bailaban juntos una contradanza, acabada la cual dejó á la joven con su madre y fué á saludar cordialmente á las dos jóvenes que habían hablado de su genealogía sentadas en el hueco del balcón y que eran por cierto muy lindas.

—Ya viene aquí este necio—dijo una de ellas;—vamos á reírnos un poco á costa suya.

—¿Cómo está su tío de usted, amigo mío?—preguntó en seguida á Arturo.

—Sigue muy mal—respondió el joven con una fatuidad perfecta, en tanto que flechaba sus lentes de concha y oro á todas las señoras del salón.

—Pues entonces, ¿cómo se halla usted aquí?—dijo la otra joven.

—¡Es claro! ¡Porque no puedo aliviarle!—repuso Arturo muy mal humorado con aquella pregunta.

Pero al menos parece lo natural que le hiciera usted compañía—insistió la joven.—¿No le ha criado á usted desde muy pequeñito?

—Sí, señorita; mi padre, el general, murió de—

jándome á los tres años encargado á mi tío—contestó Mateo con una serenidad asombrosa.

—¡Ah! ¿Era general su señor padre de usted?—dijo la joven con acento burlón.

—General y conde, señorita.

—¿Y su madre de usted?

—Era una hermosa princesa rusa.

—¿Murió joven?

—Mucho, á los veinte años.

—¿Y no dejaron más hijos que usted?

—Soy único.

—¿De modo, que será usted muy rico?

—¡Pehe! ¡Un poco!—dijo Mateo con un tono que equivalía á decir:—¡inmensamente rico!

—¿Es usted español?

—Sí, nací en Madrid.

—¡Es muy raro eso!—dijo la otra joven dando con el codo á su compañera; ¿su madre de usted rusa, su padre francés y usted español?

—Es que viajaban... Adiós, señoritas—añadió Mateo, que ya se hallaba muy confuso con las insidiosas preguntas de las dos jóvenes; y dando media vuelta se apartó de aquel grupo para ir á hablar á otras señoras.

Pero al ir á cruzar el salón, y cuando ya la orquesta preludiaba una nueva contradanza, se le acercó con un ademán agitado uno de los criados de la casa.

—¿Qué hay?—preguntó Mateo, con ese desdén

soberano propio de las personas que, habiendo nacido en el seno de la nada, se ven encumbreadas de repente.

—El señor duque se muere, según me acaba de decir el ayuda de cámara de V. E.—dijo el doméstico.

—¡Cáspita! No es cosa de descuidarse—murmuró el hijo de Calabaza; ya está muy irritado conmigo, y si no acudo pronto adiós ducado y herencia.

Y acercándose á la embajadora y á su hija se despidió de ellas apresuradamente, diciéndoles el estado de su tío.

Luego bajó al patio y saltó en su coche, llegando pocos minutos después al palacio de Varennes.

Pero aquel corazón de piedra no apresuró ni uno solo de sus latidos, ni sus ojos se humedecieron al pensar en el estado de su amigo y bienhechor; su único torcedor era el pensamiento de si podría perder la herencia del duque, puesto que se portaba con él inicualemente desde hacía mucho tiempo.

Cuando entró en la habitación del anciano duque se presentó á su vista un espectáculo bien triste; dos médicos, sentados á la cabecera misma del lecho, departían en voz baja, y en el fondo del aposento, un ayuda de cámara, tan viejo como su señor, preparaba una bebida cal-

mante que habían, por lo pronto, propinado los médicos.

Aquel ayuda de cámara era un pequeño ayudante de la fonda de Casimiro Gringolet cuando aquél, gracias á la lotería, pasó de fondista á duque; habíase criado con Ciriaco, y éste, cuando heredó el ducado de su padre, lo ascendió de simple lacayo, que había sido, á su ayuda de cámara y confidente.

Silvestre, que este era su nombre, se había consagrado á su amo en cuerpo y alma, y detestaba á todos los demás criados de la casa, que, como él decía muy bien, sólo pensaban en hacer su negocio.

Cuando entró Mateo en el dormitorio del duque la fisonomía del enfermo manifestaba un sufrimiento profundo, las de los médicos esa indiferencia del talento ante todas las catástrofes de la humanidad y la de Silvestre una amarga aflicción.

Mateo dejó su capa sobre un sillón y se acercó á la cama del duque, que le miró con semblante irritado.

El anciano, que ya contaba 70 años, padecía desde hacía dos frecuentes accesos de fiebre, y se había demacrado un poco; pero lo que en aquel momento le aquejaba era un ataque de parálisis que no dejaba esperanza alguna de salvarle de un fatal porvenir.

En la mirada que dirigió á Mateo estaban escritas mil mudas reconvenções, porque aquel joven desnaturalizado é ingrato, lejos de cuidarse del estado de su bienhechor, le dejaba en una completa soledad por entregarse á toda clase de diversiones.

Durante aquellas horas de dolor y sufrimiento el duque pensaba con dolor en las halagüeñas esperanzas que había alimentado con respecto á su ahijado; en efecto, sólo una razón egoísta había movido al celibatario á arrancar á aquel muchacho á sus padres; le había hallado tan hermoso, tan despejado, tan gallardo, tan simpático, en fin, para su modo de ser y de pensar, que lo adoptó por suyo, creyendo hallar en su compañía un remedio para su soledad y un correctivo á las demasías de su numerosa servidumbre, que el bueno y bondadoso Silvestre no podía ni se atrevía á contener.

Sin embargo, ninguno de estos deseos había visto logrados; Mateo había crecido en la ociosidad, y su vanidad y su ingratitud habían crecido con él; su pobre madre se equivocaba al suponerle dotado de un corazón entusiasta y amoroso; Mateo no se parecía á Bárbara más que en su genial duro y en su voluntad de hierro; pero tanto cuanto era de sensible la madre bajo su ruda corteza, era duro, helado, casi feroz el hijo bajo su dulce y melosa apariencia.

Ningún efecto hizo en él la enojada mirada que su anciano bienhechor le dirigió al acercarse á su lecho: sonrióse con desvergonzada osadía y le dijo, dándole algunos golpecitos en la espalda:

—Vamos, vamos, padrino, no hay que enfadarse; ya me tienes aquí.

Mateo trataba al duque con una familiaridad que rayaba en descaro; es verdad que el mismo duque se lo había exigido, mandándole que le llamara padrino, dictado que tapaba todas las bocas, y que, por su elástica acepción, destruía los comentarios acerca de la familia del joven.

El duque, más y más enojado, lanzó una especie de gemido, lleno de cólera, al mismo tiempo que el buen Silvestre le presentaba la bebida que había estado preparando.

Mateo, sin hacer caso alguno, se volvió á los médicos y les preguntó con admirable serenidad.

—¿Hay peligro, señores?

—No le hay por ahora de muerte, caballero—respondió el más anciano—pero hay otro poco menos alarmante que aquel.

—¿Cuál es?—insistió Mateo.

—Existe el peligro de que el señor duque se quede del todo imposibilitado.

—Es decir, baldado—dijo Mateo, sin que un solo músculo de su rostro se descompusiera.

—Ciertamente, caballero, baldado ó tullido, como usted quiera entenderlo.

El doctor volvió bruscamente la espalda á aquel hombre, que le repugnaba.

—¡Caramba, yo qué pensé que se moría!—se dijo á sí propio Mateo;—¡esto va muy despacio, según parece!

Luego dió media vuelta y tomó el camino de su cuarto, sin volverse á mirar al duque y sin despedirse de los médicos.

—¿Dónde irá?—dijo uno de ellos á Silvestre.

—¿Dónde va, señor doctor?—respondió el viejo ayuda de cámara.—Va á buscar su cama para dormir á pierna suelta; ¡si ese hombre es una fiera! ¡Y que el señor duque no quiera plantarle en la calle!

El duque lanzó un suspiro profundo y doloroso, y nada contestó.

—¡Ah!—pensó para sí, porque además de la voz material, habla dentro de nosotros otra voz, que es la de la conciencia.—Yo le saqué de su oscuridad, yo le arrebaté á sus padres, yo le he enseñado esta existencia de lujo y de molice; debo sufrir su ingratitud, que es mi castigo.

## XI

Como un mes y medio después de la noche en que acabamos de dejar al anciano duque de Varennes atacado de perlesía, y á eso de las siete de la tarde, una escogida y brillante con-